

Copax. Finca rústica de la municipalidad de Tunkas, partido de Izamal, Estado de Yucatán.

Copetes. Rancho del Distrito y municipio de Iturbide, Estado de Chihuahua.

Copético. Rancho de la municipalidad de Peribán, Distrito de Uruapan, Estado de Michoacán.

Copetito. Rancho de la municipalidad de Zacoalco, 4.º cantón ó de Sayula, Estado de Jalisco.

Copichagua. Rancho de la municipalidad de Acuitzio, Distrito de Morelia, Estado de Michoacán, con 74 habitantes.

Copila. Pueblo de la municipalidad de Naupan, Distrito de Huauchinango, Estado de Puebla.

Copitaro. Rancho de la municipalidad de Zirándaro, Distrito de Huetamo, Estado de Michoacán.

Copitiro. Rancho del Distrito y municipio de Tacámbaro, Estado de Michoacán.

Copó. Finca rústica de la municipalidad y partido de Mérida, Estado de Yucatán.

Copó Santa Cruz. Finca rústica de la municipalidad y partido de Motul, Estado de Yucatán.

Copochic. Ranchería del municipio de Guadalupe y Calvo, Distrito Andrés del Río.

Cóporo. Barrio de Chavinda, municipio de este nombre, Distrito de Zamora, Estado de Michoacán, con 100 habitantes.

Cóporo. Hacienda de la municipalidad de Tungapeo, Distrito de Zitácuaro, Estado de Michoacán, con 196 habitantes.

Cóporo. Rancho de la municipalidad y Distrito de Coalcomán, Estado de Michoacán, con 68 habitantes.

Cóporo. Rancho y cerro al pié de la Sierra de Tezontlalpan, á 12 kilómetros al S.O. de la ciudad de Pachuca.

Cóporo (Fuerte de.) Esta fortificación donde las armas de los españoles sufrieron un grave revés, á que no estaban acostumbradas, es famosa en la guerra de Independencia por las diversas vicisitudes de que fué teatro, y merece se haga de ella alguna memoria.

El cerro donde fué construido el fuerte presenta en su cima dos alturas, cónica la una, plana y algo extensa la otra, separadas por una hondonada poco profunda. Rodeadas por todas partes de precipicios de paredes cortadas á pico naturalmente en las rocas, sólo puede llegarse á la cumbre por el camino del frente y por el lado izquierdo, por una vereda poco frecuentada de muy áspera subida casi impracticable, y que comienza en el arroyo llamado de Cóporo. Reconocido el lugar, pareció á propósito para establecerse en él, y al efecto salió D. Ramón Rayón con sus fuerzas de Zitácuaro, llevando amarrados con cadenas los prisioneros realistas que en su poder tenía, y que destinaba para los trabajos: con ellos llegó al cerro el mes de Junio de 1814, comenzando las obras el día 29, razón por la cual recibió el fuerte el nombre de San Pedro de Cóporo.

Las fortificaciones no merecían el nombre de tales, porque fueron hechas con mucha precipitación, y tal vez de los materiales no convenientes: consistían por la parte en que el cerro era accesible, en un frente defendido por 4 baluartes, con 3 baterías en los intermedios, hechas de sacos de tierra; un foso de regular extensión delante de las trincheras; y 30 ó 40 varas adelante, una buena tala de espinos. La guarnición se componía de 414 fusileros, más de 100 artilleros, unos 100 hombres que entendían las obras de maestranza, y unos 200 indios al mando de los capitanes Primitivo y González, encargados de resguardar la muralla arrojando rocas sobre los que intentaran asaltarlas. La artillería según unos, constaba de 34 piezas de todos calibres; según otros de 15: inclinome yo á tener como exacto este último número, atendidos los pocos recursos con que contaban siempre los insurgentes. Con todos estos elementos apenas podía defenderse la fortificación de un golpe de mano, si no fuera por su posición

natural; ni debía resistir un ataque en regla, ni los muros podían quedar en pie expuestos dos días al fuego de una mediana artillería. Las municiones no eran muy abundantes, como ni tampoco los viveres; y si los soldados habían trabajado con tesón en las obras y servían de buena fe en la causa por que peleaban, eran bisonños, y para tenerlos siempre á raya, eran necesarios los grandes recursos de ingenio con que contaba D. Ramón y la presencia de su hermano D. Ignacio, que habiendo venido de Zacatlán, como de mayor graduación y categoría en el ejército, tomó el mando del fuerte.

Al ver los realistas que en Cóporo se organizaba nueva resistencia, pusieron toda su atención en combatirlo y tomarlo. Pocos días antes se había dado la batalla nombrada de los Mogotes, en que los españoles llevaron la peor parte, y ese resultado dió á entender al virrey, que las fuerzas que á las órdenes del brigadier Llano estaban en Acámbaro, no eran bastantes para la empresa. Mandó en consecuencia, que la división del mando de Iturbide, que operaba en la provincia de Guanajuato, se reuniera al ejército destinado á formar el sitio de Cóporo, tomando Iturbide el título de segundo jefe de aquel ejército. Toda la fuerza, que ascendía á más de 3,000 hombres de todas armas, teniendo á Llano á la cabeza, salió el 16 de Enero de 1815 y se dirigió por Irimbo á Tuxpan. De aquí salió Iturbide con 700 hombres contra D. Francisco Rayón, á quien se suponía en el pueblo de San Andrés; y como no lo encontrara, siguió por Zitácuaro hasta Angangueo, sin más resultado que tomar prisioneros algunos insurgentes, de los cuales pasó por las armas á cuatro, en aquel último punto. En 23 de Enero se incorporó Iturbide de nuevo al ejército, y el 26 siguió su marcha á Jangapeo, presentándose frente al fuerte el 28 del mismo mes. Desde el 20 había trabajado con empeño en formar el camino para conducir su artillería, lo cual logró en fuerza de muchos trabajos.

Las diferentes divisiones tomaron posición en los lugares convenientes, y los primeros días del sitio se pasaron en escaramuzas insignificantes de ningún resultado. Hecho el camino que fué menester, se formó una batería de ocho cañones y dos obuses sobre el costado izquierdo de la fortificación, que rompió sus fuegos sobre la plaza el 2 de Febrero. Diez días continuos la combatieron sin éxito, cosa por que los sitiadores emprendieron construir algunas obras y un camino cubierto que los acercara á los muros del frente. En efecto, el 27 de Febrero las obras estaban á 130 varas de las baterías; mas los Rayones que conocían bien el trabajo de las minas, dieron un tiro en el foso y formaron un cañón subterráneo hasta fuera de la tala, con el objeto de volar las obras de los sitiadores si adelantaban todavía, y hacerles daño á mansalva por las ventilas ó respiraderos que á trechos abrieron en la labor. El daño se causó en efecto, dando muerte á algunos centinelas en la espesura de las breñas, y por esto Llano suspendió su camino cubierto.

Alentados los sitiados hicieron una salida con poca gente de confianza; formados al abrigo de una loma se arrojaron de improviso sobre una trinchera formada de tercios de algodón. El asalto se dió con tal brío, que antes que pudieran ser socorridos quienes la defendían, murieron algunos, perdiendo las armas, dándose fuego al parapeto, que no pudo ser apagado porque lo impidieron las continuadas descargas disparadas por los sitiados para proteger el movimiento. Los sitiadores intentaron á su turno incendiar la tala por medio de camisas embreadas; los rudos defensores del fuerte vieron con terror los preparativos de la operación, creyendo que era aquel un recurso tan extraordinario como seguro para destruirlos; mas quedaron agradablemente desengañados al ver que las camisas embreadas no fueron de provecho.

Desde el 5 de Febrero, Llano había convocado en su tienda de campaña una junta de sus principales oficiales; opinaron todos porque se atacase el fuerte, y solo Iturbide

de se separó del dictámen de sus compañeros, exponiendo juiciosas y oportunas observaciones. Hizo una descripción de las fortificaciones enemigas, enumeró sus recursos y su gente; dió á entender que el fuerte no podía ser atacado sino por el frente, y que tal vez podría ser tomado con pérdida de doscientos hombres, siempre que se obrara de una manera decidida; pero que no siendo esta la opinión general, era de temerse que en el tiempo más crítico se manifestara alguna debilidad que diera por resultado una gran pérdida y consecuencias muy funestas.

Empeñado por otra parte el honor de las armas reales en demoler aquella fortaleza, opinaba, pues, "que dejando en el campo de trescientos á mil hombres, número más que suficiente para sostener los trabajos y rechazar cualquiera número de gavillas de las que puedan intentar acercarse, salga el resto de la tropa en dos secciones á obrar por los Laureles, Tiripitío, Tlalpujahua, Maravatío, Zitácuaro, Angangueo, Irimbo, Tajimaroa, Tuxpan, etc., pues con este sistema probablemente se logrará dar algunos golpes á las gavillas en que se apoyan los del cerro; viviremos sobre el país en gran parte; la tropa de este campo estará con más comodidad y con el alimento necesario para subsistir y trabajar; se mantendrá la comunicación con la provincia de Guanajuato y la capital de esta de Valladolid, con Querétaro y la superioridad; cualquiera de las dos secciones ó ambas, podrán acercarse á México ó á cualquier otro punto, si las circunstancias lo exigieren; se podrán hacer escalas de asalto y otros aprestos necesarios de que carecemos, y todo esto al mismo tiempo que las obras de campaña se llevan adelante, y se hostiliza de los modos posibles á los rebeldes."

"Estas son las razones y condiciones en que fundé mi voto por la zapa; pues no ejecutándose según lo he propuesto, opinaría siempre (como manifesté en la discusión) que se atacase á viva fuerza por el frente en dos ó tres columnas cerradas bastante fuertes, yendo yo á la cabeza de ellas." Este dictámen no pareció bien de pronto, y el sitio se prolongó, dándose lugar á pequeñas escaramuzas que sólo servían para derramar sangre inútilmente, pues según la costumbre bárbara adoptada en aquella guerra, ninguno de los dos partidos concedía cuartel á los prisioneros.

Para dar un golpe decisivo, el 3 de Marzo ofició Llano á Iturbide ordenándole dar el asalto esa noche ó al día siguiente, con la tropa y oficiales que tuviera á bien escoger en el ejército, y precisamente por la vereda que subía del rancho de Cóporo, que según las noticias adquiridas era accesible. El oficio está redactado en términos que no dan idea favorable de los conocimientos literarios del general. No necesitaba saber gramática castellana para ser un buen jefe, si se quiere; me ocurre la reflexión, porque para tachar á los rancheros y gente burda que se alzaban en las provincias á sostener la causa de la independencia, no ha faltado historiador que copie sus embrolladas comunicaciones con su bárbara ortografía, como una prueba de la poca justicia que les asistía al combatir contra los dominadores del país. Más culpables eran en no saber su idioma (si culpa tiene en ello un soldado) los jefes españoles que los campesinos mexicanos.

Iturbide contestó en la misma fecha, dando gracias por la honra que se le hacía: manifestó que sólo se podía esperar un resultado feliz sorprendiendo á los insurgentes, lo cual no era fácil por la suma vigilancia con que vivían: escoge 500 infantes y 200 caballos, señala las tropas y los jefes que deben mandarlas, y fija la hora del golpe entre las tres y las cuatro de la mañana próxima.

Para llevar á cabo esta determinación, se hicieron en el campo realista los preparativos indispensables; y el movimiento que produjeron, observado por los prácti-

cos, les advirtió que pasaba alguna cosa extraordinaria, y les hizo estar con toda precaución.

Las tropas escogidas por Iturbide fueron: los granaderos y destacamento de fusileros del segundo batallón de la Corona, la segunda compañía de granaderos de Nueva España, las compañías de granaderos, cazadores y 4.º de fusileros del Fijo de México, primero de Zamora, 120 hombres de cazadores y fusileros de Celaya, y 40 de Tlaxcala; los 200 caballos se componían de los Fieles del Potosí, y dragones de Querétaro, Príncipe y San Carlos. Estas fuerzas quedaron divididas en cuatro secciones: la primera al mando del capitán de granaderos del Fijo de México, D. Vicente Filisola; la segunda al de D. José Pérez, capitán del regimiento de Nueva España; la tercera á la del mayor del Fijo de México, D. Pío María Ruiz; y la cuarta, que era la de reserva, al del capitán de la Corona, D. Francisco Falla: la caballería, á las órdenes del teniente coronel D. Pedro Monsalve, nombrado segundo de Iturbide, debía ocuparse en contener las salidas de los sitiados, y en recoger los dispersos caso de sufrir algún revés.

A la hora convenida las columnas se pusieron en movimiento para dar el asalto, guardando un profundo silencio. Los granaderos y cazadores del Fijo de México, con Filisola á la cabeza, se empeñaron en la estrecha vereda por donde el ataque debía verificarse, con muy pocos hombres de frente, y subiendo por lo escarpado con la mayor dificultad. Casi rayaba ya la aurora, cuando los asaltantes, sin ser sentidos, estaban á unos doce pasos de la cerca de piedra y del mal parapeto que por aquel lado defendía la fortaleza; el dormido centinela de aquel puesto y la guarnición que lo defendía hubieran visto caer sobre ellos al enemigo, sin saber por dónde había entrado, á no haberles dado el alarma una feliz casualidad. Filisola había dejado atado en su tienda un perro que mucho le quería y acompañaba á todas partes; el animal logró desatarse, y siguiendo la huella trepó al cerró donde luego que vió á su amo comenzó á ladrar y hacerle fiestas. Al ruido, el centinela dió el ¿quién vive? Sin contestar los realistas se arrojaron sobre el parapeto, hizo fuego el centinela, los cinco hombres de guarnición allí tomaron las armas; y como á los primeros tiros ocurrieron los 50 hombres de aquel destacamento y la compañía de Carmonal, la acción se empeñó á viva fuerza. Las baterías de Llano rompieron un fuego general de cañón sobre los baluartes y las trincheras del frente; algunas partidas de tiradores avanzaron como si por allí fuera el principal ataque, y de este modo dividieron la atención de los sitiados.

El verdadero peligro, como ya sabemos, estaba sin embargo en la vereda de Cóporo: allí la acción era encarnizada, y los valientes oficiales que mandaban las tropas realistas avanzaban intrépidamente al frente de sus soldados, no obstante el vivo fuego de la trinchera, y de las peñas, que rodadas de la altura bajaban rebotando en los breñales, arrastrando en su caída, cuando las cogían, filas enteras. Rechazada la primera columna, vino á sostenerla la del mando del capitán Pérez, pero inútilmente: el día había aclarado ya, con la luz los sitiados dirigían mejor sus fuegos; y aunque los realistas llegaron á tocar el parapeto, sin escalas para superarlo, y sin ningún otro medio de abrirse paso, perdida una buena porción de la gente, tuvieron que retroceder, dejando en las quebradas sus muertos y sus heridos. La derrota á la bajada se hizo completa, y muchos buenos oficiales quedaron heridos, incluso Filisola.

Visto el mal resultado de la tentativa, Llano reunió un consejo de guerra para deliberar acerca de lo que debería hacerse; concurrieron todos los jefes del ejército, quienes unánimemente opinaron por que sería inútil otra tentativa, y sólo se lograría sacrificarse sin provecho la tropa. En consecuencia, el 6 de Marzo levantaron los sitiadores el campo, no sin que el general les hubiera di-

rigido, con fecha 4, es decir, la del mismo día del asalto, una proclama, según las palabras del Sr. Alamán, "absurda" en que llama invencibles á los soldados que en aquel mismo día habían sido rechazados, y con embrolladas frases les dice:

"En la madrugada de este día habéis conseguido sobre vuestras glorias satisfacer á Dios, al rey y á la patria, de la constante decisión con que defendéis vuestros sagrados deberes, arrostrándoos por el más activo fuego, hasta tocar con las manos y desengañaros por vuestros ojos, de la imposibilidad en que un enemigo cobarde unió el arte á la naturaleza, para que vosotros no les impusierais el castigo á que son tan acreedores por su contumaz rebeldía."

Les anuncia en seguida la resolución de retirarse para que pudiesen reponerse de tantas fatigas, y les ofrece volverlos á conducir á aquel punto, para que vengasen la sangre "que habían visto verter en unos cuantos de sus compañeros."—Poco más ó ménos, los gobiernos de todos los países han querido cubrir con estas gasconadas á los ojos de sus súbditos los reveses que sufren en los campos de batalla.

Con fecha 5 de Marzo, Llano comunicó al virrey el mal éxito del asalto, y la determinación de levantar el sitio, en virtud de faltarle los elementos para continuarlo, exponiéndole además, lo que pensaba hacer para continuar la guerra. Contestóle el virrey en 12 del mismo mes, extrañándole se hubiera dado un ataque sin probabilidad racional de buen éxito, pues que debió haberse preparado de modo que las armas del rey no hubieran sufrido el descrédito que sufrieron. Continúa diciendo: "De los partes de V. S., deduzco que no se tomaron todas aquellas medidas que enseña el arte de la guerra y que deben usarse en estos casos; que el camino cubierto se practicó mal, y por paraje que quedaba expuesto á todos los fuegos de frente y flanco, que no se allanó por la artillería ningún punto de la fortificación enemiga, por donde pudiera después penetrar la tropa; que sin conocimiento del terreno se arrojaron esos valientes soldados al asalto, aun sin llevar escalas para verificarlo, y sin que se adviertan los efectos del ataque que por el frente de la posición enemiga pensó figurarse, y que según las circunstancias podía convertirse en verdadero al abrigo de la artillería; de modo que en todo reconozco la precipitación y falta de conocimientos con que se ha procedido, no obstante que hubo bastante tiempo en esta expedición y la anterior, para cerciorarse de la situación del enemigo y de las dificultades que ofrecía el asalto. Pero nada ha sido tan perjudicial como la resolución de retirarse, dejando los rebeldes ufanos y gozosos de haber rechazado con *no poca pérdida* á las tropas del rey, bajo el equivoco concepto de que el punto que ocupan es despreciable por su localidad, como si hubiese alguno por remoto y por inútil que parezca, donde se sitúen los enemigos, que no sea importante y forzoso arrojarlos de él, para que no aumenten su opinión y orgullo, y se contaminen otras provincias, ensanchando sus esperanzas y proyectos devastadores de que sobran ejemplares en esta revolución, siempre que se les ha dejado subsistir por algún tiempo en cualquier punto fortificado."

"En ningún caso, pues, debió V. S. disponer su retirada aunque fuese la opinión unánime de todos los jefes del ejército, que no cubren la responsabilidad de V. S. situado al frente de Cópore, como debió ejecutarlo después del malogrado intento; y convirtiendo en sitio lo que aún no estaba en sazón de ser asalto, habría V. S. logrado rectificar sus conocimientos del terreno, cerrar todas las comunicaciones del enemigo, impedirle toda clase de abastecimientos; no habría V. S. perdido las ventajas que le ofrecía el consumo de víveres y municiones que había tenido, y por declaraciones de varios prisioneros constaba á V. S. que eran escasas, y los resultados habrían sido consiguientemente felices, aunque más tardíos; sin que

la falta de municiones, víveres y dinero que V. S. expresa pueda servir de disculpa . . ."

Continúa aún severa la reprimenda, y "ya que el mal no tiene remedio, habiéndose V. S. trasladado á Maravatio, adopto por ahora el segundo extremo en la proposición de V. S., nombrando al teniente coronel D. Matías Aguirre para que con una sección de 500 á 600 hombres de todas armas, expedicione incesantemente por las inmediaciones de Cópore, con el fin de impedir á los rebeldes que se provean de víveres y quitarles todos los recursos, talando, quemando y destruyendo los parajes de donde puedan sacarlos, sorprendiendo sus convoyes y cuerpos exteriores, y manteniéndose á la vista mientras ocupen su posición para aprovechar cualquiera oportunidad que se le presente de apoderarse de ella.

"Con el propio objeto, el resto de fuerzas, que no sean absolutamente necesarias en Maravatio y Acámbaro, vendrá que V. S. ó el jefe que destine al intento, expedicione igualmente por temporadas, de concierto con Aguirre, permaneciendo el cuartel general en Maravatio para auxiliar á las expediciones volantes, y mantener la comunicación con Valladolid, el Bajío, Querétaro y Toluca." Concha debía regresar á Ixtlahuaca para cubrir aquel punto y el de Toluca, obrando en combinación por su derecha con las fuerzas de Tula, y por su izquierda y frente con las de Llano y con las de Aguirre, teniéndose todas estas medidas como interinas en tanto que el gobierno preparaba los materiales para apoderarse del fuerte: Iturbide debía regresar con su división á la provincia de Guajuato.

Las palabras del virrey, su enojo, las minuciosas disposiciones que tomaba para apoderarse alguna vez de Cópore, prueban que, el haber levantado Llano el sitio á consecuencia del asalto malogrado, se tuvo como un negocio de mucha importancia, y que el gobierno español vió el descalabro sufrido por sus tropas como una cosa de muy graves consecuencias. En efecto, el desaire que allí sufrieron las armas reales, mandadas por Iturbide, acostumbrado siempre á vencer, y que se había hecho el terror de sus contrarios, es un acontecimiento de los más gloriosos que se registran en la historia de la guerra de Independencia. La honra de la jornada recae principalmente sobre D. Ignacio Rayón, que mandaba entonces en el fuerte, y á cuya serenidad y valor se debe el buen resultado al rechazar á los españoles.

Dos años permaneció Cópore en poder de los insurgentes, sin que las tropas realistas hubieran intentado de nuevo el embestirle; pero durante ese período, las minuciosas disposiciones tomadas por el virrey fueron produciendo su efecto, contribuyendo á lo mismo las circunstancias que se fueron presentando. D. Ignacio Rayón salió del fuerte en Septiembre de 1816, llevándose los mejores caballos y los dragones de más nombradía de las partidas de Urbiza, Epitacio, Vargas y otros. Se propuso Rayón en este paso salir á organizar un gobierno que diera impulso y arreglara la revolución, y además, hacerse reconocer por la multitud de guerrilleros que por su cuenta, sin plan fijo y sin reconocer superior andaban diseminados por aquellas provincias. El objeto no podía ser ni más noble ni más interesante; pero con el alejamiento de aquellas tropas del fuerte, D. Ramón Rayón, que quedó mandando en él, no pudo en lo de adelante proporcionarse los víveres necesarios para subsistir, y se vió encerrado entre los muros de su fortaleza, sin esperanza de reponer sus vituallas, una vez agotadas. Por otra parte, las partidas de D. Matías Aguirre y de D. Pló María Ruiz habían talado é incendiado á Pícuaro, Santa Catarina, San Miguel Ocurio y la Encarnación, ocupando con gruesos destacamentos los lugares que circundaban al fuerte, y recorriendo siempre los caminos para evitar que le llegara algún socorro. Seguido este plan con tenacidad, dió pronto por resultado, que en el fuerte escasearan los víveres y se introdujera el desaliento.

Por aquella época también, D. Ignacio Rayón había sido derrotado en Jilotepec, en cuya consecuencia se acogió al indulto Epitacio, uno de sus mejores oficiales; las derrotas que casi en todas partes habían sufrido los patriotas, hacía que los más tímidos, desesperando de su causa se acogieran también al indulto, y como frecuentemente sucede para el bien y para el mal, se desarrolló la fiebre imitatoria de acogerse á la clemencia realista; Urbiza, Vargas y otros muchos guerrilleros se indultaron; algunos oficiales del fuerte habían tratado ya en secreto con los contrarios, y la guarnición comenzó á desertar de una manera escandalosa. Con el enemigo encima, sin medios para resistirle, relajada la disciplina entre sus tropas, D. Ramón Rayón quiso también indultarse; aunque antes de capitular le quedaba aún el arbitrio de abandonar á su gente insurreccionada, y solo, irse á reunir con su hermano D. Ignacio, que aún combatía en las filas de los independentes.

D. Ramón Rayón comisionó á D. Apolonio Calvo para tratar con el comandante Aguirre, y por su medio se ajustó, el 2 de Enero de 1817, una capitulación en forma, cosa que fué en verdad extraordinaria, pues rara vez los realistas hicieron semejante concesión á quienes miraban únicamente como á rebeldes, con quienes no se debía tratar en manera alguna. D. Ramón reunió en junta á sus oficiales; opinando uno ú otro por que no se capitulase, dió aún largas al negocio para esperar los auxilios de su hermano; mas viendo que no venían, reunió nueva junta, se exploró también el ánimo de los soldados, y por fin todos convinieron en rendirse, como en efecto lo efectuaron en virtud de la capitulación firmada en Laureles, el 2 de Enero de 1817.

En consecuencia, el 7 de Enero Aguirre hizo acercar al fuerte las partidas que le pertenecían, y vino á formar con toda su división delante de las trincheras de la plaza: Rayón salió con sus tropas y formó frente de aquellas: los instrumentos de ambas divisiones tocaron la diana, y los soldados de los dos partidos gritaron á una voz: "viva el rey, viva la paz." "Formóse en seguida una columna, á cuya cabeza marchaba el escuadrón de Fieles del Potosí, bajo el mando del capitán D. Juan Amador y del ayudante mayor D. Joaquín Parres, quien con mucha inteligencia y actividad había prestado los más útiles servicios durante el sitio: seguíanle dos compañías de realistas de Ixtlahuaca con los tenientes Valle y Carmona: venían luego Aguirre con su capellán, ayudantes y otros oficiales, y á su lado Rayón con los suyos: en seguida formaba la infantería realista, tras de la que venía la artillería é infantería de Cópore, y cerraban la retaguardia los dragones de México, San Carlos, realistas de Chapa de Mota, y mil doscientos indios que Aguirre había hecho venir para destruir las fortificaciones, bajar la artillería y otras operaciones. En este orden entraron todos en el fuerte, cuya artillería hizo una salva, viéndose por la primera vez después de tantos años de guerra á muerte, juntas las tropas de los dos partidos, conduciéndose éstos entre sí como lo hacen las naciones civilizadas. Aguirre, siguiendo la misma política, trató con la mayor consideración á Rayón y á sus hermanos, y entre su gente y la de Cópore se estableció una unión tal, que se diría que siempre habían militado juntos." Las fortificaciones todas fueron arrasadas hasta los cimientos, cegado el manantial que en el cerro se encontraba. Por una rareza que pocas veces se repitió en aquella guerra, los capitulados quedaron en libertad, expidiéndoseles pasaportes para los lugares adonde quisieron retirarse. Todo esto, sin embargo, fué obra exclusiva de Aguirre, pues el gobierno español desaprobó la capitulación, aunque le premió con el empleo de coronel; ofendido de semejante desaire, Aguirre quiso separarse de la carrera militar, por lo cual el virrey lo satisfizo, y la capitulación fué cumplida, si bien no se publicó por los periódicos según estaba convenido.

Poco tiempo permaneció Cópore en abandono. Hacia

Julio del mismo año de 1817, D. Nicolás Bravo vino con sus soldados á establecerse en el cerro, y comenzó con muchos afanes á levantar de nuevo las fortificaciones. Los elementos con que contaba para defenderse allí eran escasos; faltábale artillería, las armas y las municiones no eran muchas, y sólo podía fiar de la gente que había traído del Sur, pues la allegadiza reunida en aquella comarca era bisona y flaquearía á los primeros combates. Manteníase por entonces algún entusiasmo, la causa de la Independencia cobraba algún vigor, con las nuevas de las victorias alcanzadas por Mina, y á ello podría atenerse quien intentara reanimar los ánimos abatidos de aquellos guerrilleros sin constancia.

Apenas Bravo comenzó sus trabajos, cuando los realistas se prepararon para combatirle, antes de que pusiera en planta sus preparativos. El coronel D. Ignacio Mora, con su regimiento Fijo de México, estaba en Ixtlahuaca, donde existía también el escuadrón del nombre de aquel pueblo: acertó á pasar por allí el batallón de Santo Domingo, que de Tlapa, donde permanecía de guarnición, se dirigía con rumbo á Acámbaro, para ir á tomar parte en la lucha contra Mina, y aquella sazón pareció oportuna á Mora para atacar á los insurgentes y desalojarlos del fuerte.

Dirigióse en consecuencia allá: con total ignorancia de los principios militares, con mucha presunción y bastante temeridad; el 1º de Setiembre formó una columna de las compañías de preferencia, á las órdenes de Filisola y del teniente D. Félix Merino, y marchó al asalto sin tomar las precauciones convenientes. Recibido con brío por los patriotas, desbaratada su columna que no pudo rehacer, tuvo que retirarse con mengua, confesando una pérdida de cinco oficiales y cien hombres fuera de combate.

Formado el sitio en regla, se relevó del mando á Mora, y "se le dió á D. José Barradas que marchó á tomarlo, llevando de refuerzo su batallón Ligero de San Luis, con cantidad de municiones; mas no fué más feliz que Mora, pues habiendo intentado una sorpresa por una vereda desconocida, fué descubierto y rechazado con pérdida: pidió entonces mayor número de tropas, pero se le mandó con ellas sucesor, siendo destinado á encargarse del sitio el coronel Márquez Donallo, el cual salió de México con aquel objeto el 13 de Noviembre con su batallón de Lobera, 200 caballos y artillería de más calibre, y después le siguió una parte del regimiento de Ordenes militares. Acompañaba á Márquez Donallo D. Ramón Rayón, que tenía muchos conocimientos de aquel punto por haberlo fortificado él mismo, y dirigido por éste, situado de tal manera sus fuerzas al rededor del fuerte, que á los sitiados les era imposible tener comunicación alguna, comenzando á experimentar grande escasez de víveres: intentó introducirlos D. Benedicto López, pero no sólo no pudo lograrlo, sino que cayó él mismo con el convoy que conducía el 29 de Noviembre, en manos del indultado D. Mariano Vargas, comisionado por Márquez Donallo para perseguirlo.

Faltos de toda esperanza los que se hallaban en el fuerte, comenzaron á entrar en comunicación con los sitiadores, y muchos se presentaron á Barradas en el costado que éste mandaba, pidiendo el indulto, entre éstos, el Lic. D. Ignacio Alas, que había sido condeído preso por los insurgentes Ordaz, los Carmonales y otros, haciendo temer á Bravo que estas pláticas tuviesen por resultado la entrega del fuerte.

Las obras de los sitiadores habían adelantado hasta tiro de pistola de los muros, y una batería llamada de San Juan rompió el fuego el 1º de Diciembre á las cinco de la mañana, con una pieza de á 10 y otra de á 8, frente á la puerta principal, abriendo en pocas horas una brecha capaz de entrar por ella de frente una cuarta de compañía: Márquez Donallo, al anochecer del mismo día, dió el asalto, y puesto él mismo á la cabeza de las com-

pañías de granaderos del regimiento de Ordenes militares y de la de su batallón de Lobera, avanzó á la brecha llenando el foso con faginas, de que hizo se proveyesen los soldados, auxiliando también el capitán del Fijo de México D. Román de la Madrid, con 40 hombres del batallón Ligero de San Luis. Los sitiados intentaron la fuga precipitándose por un derrumbadero llamado las Cuevas de Pastrana, pero habiendo dispuesto Márquez Donallo que Barradas, guiado por D. R. Rayón, los persiguiese con la sección de su mando, fueron muertos muchos y se hicieron 277 prisioneros con porción de mujeres y niños, de las que habían perecido muchas en el precipicio en que se arrojaron.

Bravo, muy maltratado por la caída que dió desde una grande altura, logró ocultarse dentro de unas peñas y de allí se fué á pie y sin tener con que alimentarse, al rancho de Atascadero, distante más de treinta leguas de Cópore, cuyos habitantes le franquearon un caballo para llegar á Huetamo, en donde se propuso reunir los dispersos, pues incontrastable siempre contra los golpes de la fortuna, parecía que los reveses le servían de estímulo para intentar nuevas empresas.

El virrey mandó poner en libertad á todos los prisioneros, excepto D. Benedicto López que fué fusilado, terminando así su carrera este hombre que había seguido el partido de la revolución desde que ella comenzó, y que en los días en que más abatida parecía, le dió nuevo aliento con el triunfo que obtuvo en Zitácuaro contra Torre, del que se aprovechó Rayón para establecer en aquel lugar la primera junta de gobierno.

A D. R. Rayón, en premio de los importantes servicios que prestó, no sólo con sus conocimientos, sino con su valor, al frente de la compañía de realistas de Zitácuaro, estableciendo las baterías en los puntos más peligrosos, se le dió, como en otro lugar hemos dicho, el grado de teniente coronel; distribuyéronse otros premios, y Márquez Donallo fué recomendado al rey por la tercera vez para el grado de brigadier, que no se le dió porque en España no se apreciaban tanto como merecían los servicios hechos en América; á todo el ejército sitiador se le concedió el acostumbrado escudo, con el lema: "Por la toma de Cópore."

Coposo. Congregación de la municipalidad de Platón Sánchez, cantón de Tantoyuca, Estado de Veracruz, con 308 habitantes.

Copoya. Hacienda de la municipalidad y departamento de Tuxtla Gutiérrez, Estado de Chiapas.

Copudo. Rancho de la municipalidad de San Fernando de Presas ó la Llave, Distrito del Norte, Estado de Tamaulipas.

Copullo. Pueblo, tenencia de la municipalidad de Indaparapeo, Distrito de Zinapécuaro, Estado de Michoacán, con 130 habitantes.

Coquiya. Ranchería de la municipalidad de Tila, departamento del Palenque, Estado de Chiapas.

Coquillo. Rancho del municipio de Cuauhtepic, Distrito de Allende, Estado de Guerrero.

Coquillo. (Véase Santa María de la Palma.)

Coquillo. Cumbre de la serranía que limita por el N. la hermosa cañada de Acultzingo. Se eleva á 835 metros sobre dicha cañada en la hacienda de Tecamalucan, y á 2,200 sobre el nivel del mar.

Coquimatlán. Municipalidad del partido del Centro, Estado de Colima, con 4,443 habitantes. Comprende el pueblo de Coquimatlán; haciendas Limones, Pedregal y Magdalena; ranchos Jala, Amiales, Alcomún, Majahual, Quisalapita, Parotal, Agua Salada, Agua Mucha, Algodonal, Aguazarca, Ixcátan y Hacienda Vieja, Serrano, Coastecomatán, Carboneras, Lomas, Tecuanillo, Jayamita, Colomolítan, Troncones de Palma, Monte Grande, Zinacantepec, Playas del Río y Fundición.

Coquimatlán. Pueblo cabecera de la municipalidad de su nombre, partido y Distrito de Colima, con 1,574

habitantes. Se halla situado á 12 kilómetros O.S.O. de la ciudad de Colima.

Coquito (El). Rancho de la municipalidad de Santiago Minas, Distrito de Juquila, Estado de Oaxaca, en la cima de un cerro. Sus moradores hablan el castellano y el chatino.

Coquito. Rancho de la municipalidad de Guevea, Distrito de Tehuantepec, Estado de Oaxaca.

Cora. Rancho de la municipalidad de Huanímara, partido de Abasolo (Cuitzeo), Estado de Guanajuato, con 264 habitantes.

Cora. Rancho de la municipalidad de Yesca, prefectura de Ahuacatlán, Territorio de Tepic.—Otro de la municipalidad y prefectura de San Blas.

Cora (José Antonio Villegas). nació en Puebla á principios del siglo XVIII, sin que hasta hoy se haya averiguado á punto fijo el día de su nacimiento, sobre lo cual no existen otros datos, que el haber sido Cora contemporáneo del célebre pintor Miguel Cabrera, de quien existen pinturas en la sacristía de la catedral de la misma ciudad de Puebla, colocadas el año de 1732, y el haberse encontrado esculturas de aquel en el retablo principal de la iglesia de San Jerónimo, fechadas el año de 1722; cuyos datos inducen á creer que nació Cora muy á principios de aquel siglo.

Cora recibió su educación primaria con los padres jesuitas, y con ellos estudió los idiomas latino é italiano y concluyó filosofía, dedicándose luego á la arquitectura y escultura, en las que fué recibido maestro.

Ignórase quién hubiera sido el maestro de Cora en escultura; lo cierto es, que antes de él, no se conocieron en el país obras superiores á las que salieron de sus manos, que pudieran indicar la inteligencia y superioridad del maestro sobre el discípulo. Nacido Cora en un suelo donde no abundan los modelos de la belleza, y sin tener, como Miguel Angel, otro Granaccio que le introdujese al jardín de los Médicis para estudiar las famosas estatuas antiguas y modernas, el escultor poblano á su vez, supo como el toscano, abandonar la senda que le habían marcado sus antecesores, para crear una escuela nueva que diese un sér desconocido á la escultura.

Llevado Cora de las inspiraciones de su genio extraordinario, perfeccionado por el profundo y detenido estudio de la naturaleza, plantó con atrevimiento sus estatuas, observando las leyes de la gravedad y comunicando acción y movimiento á las actitudes, sin exageración ni violencia en las contraposiciones. En lo que más admira el talento del artista, es en la hermosura y expresión noble y encantadora que dió á las cabezas: nótese en los semblantes una belleza ideal y sublime, que en vano se intentaría encontrar en los tipos naturales. Cora así como Rafael y los grandes genios, tomaba los modelos de lo bello de la abundancia de su ingenio, enriquecido por la mano del Supremo Creador de las hermosuras, y no como otros artistas, que dejan en sus obras las huellas y la espresión de la hermosura humana. Dedicóse también Cora muy particularmente al estudio de los ropajes, conciliando en sus ejecuciones la verdad en los pliegues y orillas con la gracia artística, resultando así un acabamiento en los pormenores y extremidades, y un gusto particular que hasta entonces había sido desconocido.

Los trabajos de Cora formaron el gusto artístico de los escultores de Puebla. Su estilo es fácil y sencillo sin pretensiones caprichosas. Cora, lo mismo que los célebres pintores de su época, Magón é Ibarra, y posteriormente Cendejas, buscó la hermosura en todas las partes componentes, hasta el extremo quizás de renunciar otros méritos del arte. Todas las esculturas de Cora presentan un conjunto agradable y correcto, porque todas están trabajadas con estudio profundo de las actitudes, formas, ropajes y coloridos, ejecutados por una mano diestra.

Cora no sólo, como se ha dicho, enriqueció la escultura comunicándola un gusto nuevo, superior acaso al de

las escuelas más célebres, sino que mejoró la parte mecánica del arte y la proveyó de recursos para concluir las obras con finura y pulidez. Creó un método particular para plantar las figuras, buscando el contorno por medio de cuadraturas. Esto hacía que desde el principio agradasen tanto sus trabajos, que concluía con la limpieza que se hace sobre el mármol, sin recurrir á emendaduras de otros materiales.

Sin directores, sin estudios académicos y sin otros ejemplares de buen gusto, que quizás algunas estatuas napolitanas que los padres jesuitas hicieron venir para el culto de sus iglesias, Cora formaba sobre barro los modelos que debían servirle para sus obras, tomando del natural un por-mayor, sobre el cual dejaba correr su genio. Desde sus primeras obras llamó el artista la atención del público. Entre las que trabajó, son muy notables la Purísima de la iglesia de San Cristóbal, y las vírgenes del Carmen y de la Merced de los conventos de la repetida ciudad de Puebla, donde existen otras estatuas del Salvador, del Patriarca y de otros muchos santos.

Como se ha visto, Cora no era un artista vulgar. Según informes de su sobrino y digno discípulo D. José Zacarías, su trato era agradable y decoroso. Poseía muy buenos libros pertenecientes á su profesión, arquitectura y matemáticas, algunos de ellos firmados por el cosmógrafo D. Carlos de Sigüenza y Góngora. El muy apreciable artista D. José Manso ha comunicado al que esto escribe, que D. José Ponce, hombre de toda probidad, antiguo administrador de correos de la ciudad dicha, le contó: que en el periódico intitulado *El Mercurio*, que se publicaba en Madrid el siglo pasado, vino la noticia de que en un concurso, ó como en los tiempos presentes se llamaría exposición de bellas artes, verificada en Roma, entre las esculturas que se presentaron, fueron calificadas en primer lugar la del escultor del Papa, en segundo la del escultor del rey de España, y en tercero la de un tal Cora de la Puebla de los Angeles. Muy relevante debería ser el mérito de nuestro escultor, cuando obtuvo una calificación tan honrosa en el país clásico de las bellas artes; calificación todavía más honrosa si se considera que la obra de Cora se presentó sin las recomendaciones y valimiento de los poderosos, que tanto influyen en el ánimo de los jueces, quienes suelen conceder el premio al favor y no al verdadero mérito, y por cuya razón aconsejaba el inmortal Cervántes, que los deseos de gloria no aspirasen al premio sino al *accessit*, porque aquel lo llevaba el favor, mientras éste lo obtenía el mérito.

Cora murió por los años de 1786 á 1790: las circunstancias de su muerte están tan ignoradas como las de su vida: sábase sólo que acabó sus días en su casa, sita en la calle de la Acocota, rodeado de sus discípulos, y que fué enterrado en la parroquia del Santo Angel. Acaso algún día, cuando se acabe de despertar en México el gusto por las bellas artes, junto con el noble orgullo nacional, sea mas apreciado de lo que hasta hoy lo ha sido el genio privilegiado del "grande maestro Cora."—F. J. M.

Cora. (José Zacarías). sobrino y discípulo del anterior; nació también en Puebla en 1752. Puesto desde muy temprano en el obrador de su tío, cobró afición á su arte, y se dió á su estudio con todo el ardor del entusiasmo. Su ingenio lo llevaba á imitar la naturaleza de que parecía admirador, y su inclinación lo arrastraba á copiar el cuerpo desnudo, para lo cual se preparó con el conocimiento de la anatomía; tal vez de aquí hubiera nacido algún grupo primoroso de propio caudal, si la necesidad de conformarse con el gusto de la época no le hubiera hecho vencer su deseo, para darse á la labor de bultos de imágenes de santos, los solos que se buscaban á buen precio por los devotos y por las iglesias. Su ingenio tuvo, pues, que tomar otro rumbo; y como lo más análogo con sus gustos, se entregó de preferencia á formar crucifijos. En este género sobresalió; ninguno como él supo dar á sus figuras la expresión del hombre doliente y moribun-

do, dejar á los miembros descoyuntados y contundidos toda su belleza, realzar las proporciones del cuerpo, y enseñar vigorosamente la musculatura sin exageración ni mentira. De esta clase, sus obras más aplaudidas son: en Puebla, el Cristo de los Desagravios en el convento de San Francisco, y un Calvario, propiedad de la familia del Sr. Cardoso. En México dejó también señales de su talento, pues vino á ejecutar algunas de las estatuas de piedra que coronan las torres de la Catedral. Vuelto á su patria, las artes lo perdieron el 9 de Junio de 1819, reposando su cadáver en la iglesia de San Francisco.—M. O. y B.

Cora. Pueblo pequeño de la jurisdicción de Pénjamo, Estado de Guanajuato.

Cora San Gregorio. Pueblo de la municipalidad y partido de Santiago Papasquiaro, Estado de Durango.

Coral. Rancho de la municipalidad de Amoltepec, Distrito de Juquila, Estado de Oaxaca.

Coral. Rancho del municipio de Santa Catarina, partido de Hidalgo, Estado de San Luis Potosí.

Coral (Bancos de). Golfo de México. Se encuentran al N. de las costas de Yucatán, á 23° 28' de latitud N. y 88° 46' O. de Greenwich.

Corales. Rancho de la municipalidad de Tenamatlán, sexto cantón (Autlán), Estado de Jalisco.

Coralilla. Rancho de la municipalidad y Distrito de Maravatío, Estado de Michoacán, con 8 habitantes.

Corambre. Rancho de la municipalidad de Arandas, cantón tercero ó de la Barca, Estado de Jalisco.

Coraza. Rancho de la municipalidad y Distrito de Jaipan, Estado de Querétaro.

Coraza. Rancho de la municipalidad de Méndez, Distrito del Norte (Matamoros), Estado de Tamaulipas.

Coraza. Laguna formada por el río del Limón, cantón de Cosamaloapan, Estado de Veracruz.

Corazón. Mina de plata y oro, del mineral de Lachatao, Distrito de Villa Juárez, Estado de Oaxaca. Produce anualmente 300 cargas.

Corazón de Jesús. Rancho de la municipalidad y partido de San Luis de la Páz, Estado de Guanajuato, con 162 habitantes.

Corazón de Jesús. Rancho del municipio de Arista, partido de Guadalcázar, Estado de San Luis Potosí.

—Otro del mismo nombre del municipio de Moctezuma, partido del Venado.

Corazón de María. Criadero de carbón de piedra en la baranca de los Guayabos, al E. é inmediaciones del pueblo de Tejaluca, Distrito de Matamoros, Estado de Puebla.

Corazón de María. Hacienda de la municipalidad de Tenango, departamento de Chilón, Estado de Chiapas.

Corazones. Pueblo antiguo del Estado de Sinaloa. (Véase Sinaloa, Provincia de).

Corazones. Rancho del municipio y partido de la Capital, Estado de San Luis Potosí. Dista de la capital 34 kilómetros al N.

Corcobampo. Rancho de labranza en la municipalidad y Distrito de Alamos, Estado de Sonora.

Córcoles. Rancho del partido de la Unión, Estado de Guerrero, á 196½ kilómetros al S. de Morelia, y 491 metros de elevación sobre el mar.

Corcova. Rancho del departamento y municipalidad de Lagos, segundo cantón del Estado de Jalisco.

Corcovada. Hacienda del municipio de Iturbide, partido de Guadalcázar, Estado de San Luis Potosí. Dista de la capital 50 kilómetros al N.E.

Corcovada. Rancho de la municipalidad de Colotlán, octavo cantón, Estado de Jalisco.

Corcovado. Rancho del departamento y municipalidad de Autlán, cuarto cantón, Estado de Jalisco.

Corcovado. Rancho de la municipalidad de Altamira, Distrito del Sur, Estado de Tamaulipas.